

Recepción de la Santa Comunión durante la Misa

La mayoría de nosotros entendemos las enseñanzas de la Iglesia en cuanto a la preparación para recibir la Sagrada Comunión. Recordamos que debemos abstenernos de alimentos sólidos por una hora antes de recibir la Sagrada Comunión para prepararnos a ser alimentados. También entendemos que debemos estar en unión con Cristo y con su Iglesia para recibir la Santa Eucaristía. Esto significa que debemos ser bautizados dentro de la Iglesia Católica y no estar en estado de pecado serio. Aquellos que estén conscientes de estar en serio pecado deberán buscar el sacramento de la Reconciliación para ser merecedores de la Sagrada comunión.

El Cardenal Joseph Bernardin, en su Carta Pastoral Guía para la Asamblea, lo explica bien: “antes de acercarnos decimos, “Señor, no soy digno.” Nunca somos dignos de su mesa, es por la gracia de Dios y su don. Aún así, nos acercamos. Este es el alimento para la jornada que iniciamos con nuestro bautismo. Podemos comer de él cuando estamos cansados, cuando estamos desanimados, aún cuando hemos fallado. Pero no cuando hemos olvidado la iglesia, olvidado que empezamos en la fuente: no cuando hemos abandonado nuestra lucha en contra del mal y permanecemos sin arrepentirnos por haberlo hecho así. Examinemos nuestras vidas honestamente antes de acercarnos a la Eucaristía. Dignos, ninguno de nosotros lo somos, pero debidamente preparados cada uno debemos de estar.

Cristo, presente en la Eucaristía y en nosotros, nos llama a ser una santa

Comunión, a crecer en amor y santidad para el bien de todos.”

Cuando nos acercamos a compartir la Sagrada Eucaristía, lo hacemos en procesión, como el Cuerpo de Cristo. Lo hacemos como una Iglesia peregrina, el cuerpo de aquellos que creen en Cristo, en su camino hacia la celestial Jerusalén. De hecho, cada vez que avanzamos juntos para recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo, nos unimos al incontable número de todos aquellos que han sido bautizados y que se han ido antes que nosotros. Nuestros seres queridos, los santos a través de los tiempos, todos peregrinos y creyentes

El cantar el canto de la Comunión apoya nuestra unidad en Cristo. Para algunos, sin embargo, el cantar este canto significa una intrusión a su propia oración. Aún así, este canto es una oración, la oración de acción de gracias de los miembros del Cuerpo de Cristo unidos todos en el Señor. Una y otra vez las oraciones de la liturgia y las normas de GIRM enfatizan esta teología fundamental de la unidad de los bautizados, enfatizando que cuando nos reunimos para participar en la celebración Eucarística, llegamos no como individuos, sino como miembros unidos del Cuerpo de Cristo.

Puede ser difícil para algunos de nosotros aceptar este énfasis en la Misa como la acción de la comunidad en lugar de un acto individual de mi propia fe y piedad, pero es importante que hagamos un esfuerzo por hacerlo así. Esto puede ser parte del sacrificio al cual hemos sido llamados. En la liturgia sacrificamos nuestras preferencias personales por el bien de la comunidad total, que es la Iglesia.